

Nunca la nada fue tanto  
Javier Nart



Herido en Nicaragua en plena revolución sandinista y dado de alta en Beirut. Reportero en Camboya, el primero que entró con los jemeres rojos. Allanador del no tan inexpugnable búnker de Macías en Guinea Ecuatorial. Expedicionario en el Darfur sudanés durante el genocidio. Condenado a muerte en Chad, donde coaligó a la guerrilla y al ejército que juntos derrotaron y humillaron a Gadafi. Testigo de la lucha contra el Estado Islámico en Irak y Libia, donde pudo comprobar *in situ* que las potencias occidentales permitían que los terroristas islamistas mantuvieran operativas sus vías de suministro...

Javier Nart ha sido muchas cosas a lo largo de su vida. Abogado, escritor, corresponsal de guerra en múltiples escenarios bélicos, fotógrafo... y ahora político con fecha de caducidad. En este libro recuerda algunos de esos conflictos y los convierte en una suerte de autobiografía, fragmentaria y anárquica, pero auténtica. La de quien odiando la guerra la encontró, y buscando la paz se dio de bruces con la aventura.

## ÍNDICE

*Prólogo* por Luis Monreal

1. CON EL FRENTE SANDINISTA, LA PRIMERA EN LA FRENTE, HERIDO EN COMBATE

2. NUNCA LA NADA FUE TANTO. O VICEVERSA

3. INTERVIÚ, PENTHOUSE Y GUARRERÍAS [...] VARIAS EN LA PARROQUIA DE LA MADRE DE DIOS DE LA MEDALLA MILAGROSA

4. EN EL CONFLICTO DE CHIPRE, PERO EN EL LUGAR EQUIVOCADO

5. DE NICARAGUA A BEIRUT Y DE BEIRUT A NICARAGUA, O CÓMO LA OLP INTENTÓ AYUDAR AL FRENTE SANDINISTA. PERO LOS REVOLUCIONARIOS PROPONEN Y LA CIA DISPONE

6. LA GUERRA DEL LÍBANO 1975-1982, ASÍ FUE...

7. LA GUERRA DEL LÍBANO... O ASÍ LA VI

8. RHODESIA-ZIMBABWE O CUANDO LA TRIBU [...] ES MÁS IMPORTANTE QUE CARLOS MARX. CAPÍTULO ZAMBIANO, EL ZAPU

9. RHODESIA-ZIMBABWE [...]. CAPÍTULO MOZAMBIQUEÑO, EL FRELIMO, LA RENAMO Y EL ZANU

10. YEMEN, «LA FELICIDAD ES UN ARMA AÚN CALIENTE» (CANTABA JOHN LENNON)

11. ACTO PRIMERO. LA GUERRA DE CHAD. CON LIBIA CONTRA FRANCIA

12. ACTO SEGUNDO. LA GUERRA DE CHAD [...]. TODAVÍA CON LIBIA CONTRA FRANCIA, PERO YA NO TANTO

13. DEL GOLFO DE GADAFI AL GOLFO DE GUINEA

14. «LIBERANDO» GUINEA CAPTURO EL BÚNKER DE MACÍAS
15. ACTO TERCERO, EL NUDO. LA GUERRA DE CHAD CONTRA CHAD
16. ACTO CUARTO, EL DESENLACE. LA GUERRA DE CHAD CONTRA CHAD [...]. Y TODOS CONTRA LIBIA
17. ETA CONTRA EL «COMANDANTE ZETA» [...], AYER «CERO», EDÉN PASTORA
18. DE LA IMPOSIBLE GUERRILLA PALESTINA A LA INTIFADA
19. ISRAEL O EL FASCISMO DEMOCRÁTICO
20. DE LA CASA DE PUTAS DE BANGKOK [...] A LOS HIJOS DE PUTA DE CAMBOYA. CON LOS JEMERES ROJOS
21. SUDÁN. CONOCIENDO Y SOBREVIVIENDO EN EL DARFUR
22. NIÑOS DE LA GUERRA, NIÑOS EN LA GUERRA
23. HISTORIAS SOCIALISTAS. DE LA INACCESIBLE PAZ EN PALESTINA A LA LIBERACIÓN DE NELSON MANDELA. MOROS Y CRISTIANOS. LIBIOS, ETARRAS, «NICAS», IRANÍES, AFRICANOS, AMERICANOS, ASIÁTICOS... Y POLÍTICOS EN LA HIGUERA. Y AL FINAL ¡¡PARLAMENTARIO EUROPEO!! ¡¡¿QUIÉN LO DIRÍA?!!
24. «DESATASCANDO» UN AVIÓN Y TRIPULACIÓN ESPAÑOLES EN CHAD: EL ARCA DE ZOÉ O EL LABERINTO DE CRETA... Y TAMBIÉN OTRO EN INDIA
25. CONTRA EL ESTADO ISLÁMICO EN IRAK [...]. CONCLUYO COMO EMPECÉ: BAJO EL FUEGO DE MORTERO
26. «ADIÓS A LAS ARMAS»

*Quién es quién*

*Fotos*

*A mis amigos que ganaron su vida aun perdiéndola.  
A Adoum Yacoub, a Hugo Spadafora, a Ahmed  
Erzei, a Goukouni Weddeye, a tantos, demasiados,  
que cayeron y que guardo vivos en mi memoria.  
A los que aún son y a los que se fueron.  
A Isabel, mi referente.  
A Gorka y a Laia desde mis tinos y desatinos.  
Y a Mireia, cocreadora de Arnau y a Xavi, en los  
que recupero tanto tiempo perdido para con mis  
hijos.*

*Solamente tenemos lo que somos.*

No es que tenga miedo de morir. Simplemente no quiero estar allí cuando suceda.

WOODY ALLEN, bajito, feo y miope

... y lánzate sobre la vida como sobre una presa pues su tiempo es efímero...

MOHAMED AL MUATAMID, rey de Sevilla, 1061-1091

## PRÓLOGO

por LUIS MONREAL

Javier Nart, autor de este libro, es un coleccionista de guerras. Ha vivido buscando guerra, en el más real y no metafórico de los sentidos. Fotógrafo, corresponsal de primera línea y guerrillero de adopción han sido algunos de sus oficios conocidos en diversos teatros bélicos. Ha sobrevivido contra todo pronóstico a tan peligrosas aficiones, lo que ahora le permite infligir el relato de sus odiseas al lector que tenga suficientes arrestos para leer estas páginas hasta el final.

El destino ha decidido que cuando Javier, entre dos guerras, busca la paz, encuentra sin proponérselo otras aventuras inusitadas. Se cruzan en su camino personajes variopintos, algunos célebres, otros desconocidos. Los trata y los retrata, a menudo con sorna, siempre con los brochazos de un estilo muy personal, conciso y cáustico, que forma parte de la tradición expresionista y caricaturesca de nuestra literatura hispánica. Lo único previsible de este relato es lo imprevisto. El destino, tenaz, se ensaña con nuestro autor, deparándole lances inesperados, trágicos unas veces, cómicos otras. Su relato calidoscópico hace de este libro un eficaz antídoto contra el tedio y la melancolía.

Escribir un libro autobiográfico requiere valor. Es un ejercicio solitario, no apto para depresivos, en el que uno aborda el arriesgado balance entre el «debe» y el «haber» de la propia vida. Una forma también de soltar lastre existencial, de liberarse de algunos remordimientos, de pequeños secretos que uno no pensó iba a divulgar un día, de re-

velar esos sentimientos íntimos que, aun sin ánimo de exhibicionismo, trascienden de la escritura.

Ningún libro autobiográfico, ni éste tampoco, puede relatar de forma exhaustiva las experiencias de su autor, sobre todo si éste —como es el caso de Javier Nart— ha recorrido el ancho mundo en variopintas e inimaginables circunstancias. Por otra parte, el paso del tiempo, con su natural tendencia a idealizar el recuerdo, a relegar al olvido los malos trances, los detalles banales, a simplificar la trama de las historias que ocurrieron, a reunir sucesos dispersos, ha contribuido a dar a estas páginas un tono en ocasiones novelesco. Como decía Goya, «el tiempo también pinta». Por último, las virtudes de la discreción, la modestia y el pudor, un cierto sentido común y algún resto de prudencia, han aconsejado a su autor dejar en el tintero sucesos, actos o reflexiones que sólo pueden ser divulgados en obras de carácter postumo (lo cual, además, es una buena idea, puesto que puede dejar a los herederos unos derechos de autor que, si son suculentos, contribuirán a que el difunto sea recordado con cariño y veneración).

Mi amistad con Javier y la complicidad en algunas de sus aventuras, sobre todo submarinas, me ha permitido conocer sus métodos de trabajo —llamémosles de supervivencia—, no descritos en este libro, que tan buenos resultados le han dado hasta ahora para integrarse en (y sobrevivir a) situaciones de improbable final feliz. Un científico describiría a nuestro autor como un ser de adaptabilidad extrema, omnívoro si la ocasión se tercia (hablando en plata, puede alimentarse de caviar o de mendrugos), flexible en sus posibilidades de ocupar distintos niveles de la cadena ecológica (o sea, que puede ejercer el liderazgo o pasar desapercibido, según la situación), mimético (igual viste el *burnús* del guerrillero que el uniforme del intelectual *progre*) y con la capacidad de alternar razón e intuición en el proceso de toma de decisiones. Javier sigue al pie de la letra el principio de «à la guerre, comme à la guerre», apa-



rente perogrullada francesa en la que, sin embargo, subyace una filosofía vital. A la guerra hay que ir con la mente tranquila y un juicio independiente, viviendo el presente y sin angustiarse por el futuro, ligero de equipaje, frugal en tus necesidades, exigiendo poco de los demás y mucho de ti mismo. Sólo vuelven a casa quienes, además, son capaces de dominar el miedo, sobrevivir al estrés —riesgo de paranoia futura— y adaptar su metabolismo al insomnio y al hambre. Todo esto lo aprendió Javier hace ya muchos años. Aprendió que también es necesario comunicar, comprender y ser comprendido. En los frentes, su panoplia lingüística se enriqueció —es un decir—; con un macarrónico francés de acento colonial africano, un rauco árabe dialectal y un «pichinglis» muy útil para resolver las pequeñas necesidades de la vida cotidiana.

Nart contempló sus guerras con la pasión analítica del intelectual, interrogándose acerca del porqué de las cosas, tratando de comprender la psicología de sus protagonistas y la lógica de las situaciones. A menudo escribió sus observaciones en crónicas y documentados informes que describían, con conocimiento de causa y lujo de detalles, la situación de las fuerzas enfrentadas, sus capacidades militares y técnicas, la personalidad y el papel de sus jefes respectivos, la probable evolución del conflicto, sus previsibles consecuencias económicas y sociales, así como los escenarios políticos del día de después. Pero la fidelidad a los suyos, al bando con el que estaba en cada una de sus guerras, le impidió revelar secretos tácticos que en su momento hubieran podido cambiar el curso de una contienda. Javier es así, amigo de sus amigos y férreo en sus convicciones.

Este libro de memorias hubiera sido muy distinto si Javier Nart perteneciera a esa mayoría de españoles que se cree superior a sus congéneres. Afortunadamente, su sentido del humor lo sitúa entre esa minoría de españoles que no se toma en serio a sí misma. Hubiera podido escribir un sesudo trabajo sobre el tiempo histórico que le ha tocado

vivir y los lugares que ha explorado a fondo. Porque el autor —se lo juro, lector— es hombre de muy amplio, variado, profundo y sorprendente conocimiento, en campos tan dispares como la historia contemporánea del Primer y del Tercer Mundo, la geografía de las regiones más inaccesibles del planeta, la tecnología armamentística y el *who is who* de los movimientos de liberación (en los países bajo el yugo colonial se entiende, no de los femeninos), del terrorismo internacional y del integrismo de todos los credos políticos y religiosos. Y tan fabuloso bagaje cultural, fruto de una pasión libresca y viajera, servido por una memoria monumental y un pico de oro, hubiera podido dar lugar a un libro pesadísimo, indigerible, como esos que, a guisa de memorias, les publican a ciertos proceres en nuestro país. Afortunadamente, Javier se mira a distancia y, como le repugna la imagen del «repelente niño Vicente» que hubiera podido ser, tira por la borda su saber para escribir con espontaneidad y talento intuitivo las páginas que están en vuestras manos. Son la autobiografía, fragmentaria y anárquica, pero auténtica, de un hombre que buscó guerra, y la halló, que buscó paz y se dio de bruces con la aventura.

*Ginebra, enero de 2003*

*Director de la Fundación Aga Khan y exsecretario General  
del Consejo Internacional de Museos de la Unesco*

## 1

CON EL FRENTE SANDINISTA, LA  
PRIMERA EN LA FRENTE, HERIDO EN  
COMBATE

*Nicaragua nunca fue un país libre. Ni siquiera tras su independencia en 1838, pues siempre estuvo en manos de su oligarquía local, subordinada a Estados Unidos. Desde 1934 una dinastía cleptocrática y asesina, los Somoza, imperó con mano de hierro sobre el país. Robaron todo lo que no pudieron matar y mataron todo lo que no pudieron robar. En 1979 un reunificado Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) con la ayuda de la socialdemocracia internacional y el asentimiento pasivo norteamericano lanzó la que sería su ofensiva militar decisiva. Era el pueblo en armas, todo el pueblo en armas contra el somocismo. Y en ese lugar y situación me encontraba yo en aquel mes de julio de 1979.*

## «BAUTISMO» DE FUEGO. Y «CONFIRMACIÓN» SOMOCISTA

—Agacha la cabeza, hermano, que vuela plomo —me grita Halcón, agazapado tras unos árboles.

Halcón es un guerrillero de órdenes serenas y seguras, autoritario en su mando, de precoz experiencia en la lucha a pesar de su extrema juventud. Meses antes era oficinista, camionero, dependiente..., hoy dirige a los voluntarios sandinistas hacia el último y definitivo combate. Expresión literal del lema del Movimiento: «Patria libre o morir».

Desde mi derecha y mi izquierda la Guardia Nacional somocista bombardea sin tregua nuestra posición. En el crepúsculo los obuses trazadores, líneas rojas luminosas, resultan irónicamente hermosos rasgando la oscuridad. Tras ellos, inmediatamente, llegan los proyectiles calibre 50 disparados desde el buque artillado *Managua* de la línea marítima Mamemic, que, como todo en este país, también pertenece a *Tachito Somoza*, defensor de la civilización cristiana, baluarte contra el comunismo internacional y último vástago de un linaje de bandidos-presidentes perfectamente definidos por su creador, el todopoderoso imperio yanqui: «Cierto que son unos hijos de puta, pero son nuestros hijos de puta». Roosevelt *dixit*.

Caía la noche. He llegado, agotado del viaje, en el ya remoto mes de junio de 1979, a una base del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en el sur de Nicaragua. Cerca, muy cerca ya, se hallan las líneas del frente de batalla: Los Mozones, El Naranjo, El Ostional.

Me conducen hacia un cobertizo cercano. Allí pasaré la noche.

El lugar es una cuadra de doce metros de largo por unos ocho de ancho. A los lados, la paja mezclada con los excrementos de los animales que fueron sus huéspedes hasta no hace tantos días. En el centro, un abrevadero rectangular recorre el espacio de punta a punta. Pero el hedor resulta secundario ante el temor.

No cabe un alfiler, decenas de sandinistas se amontonan en busca de calor y refugio contra la lluvia. Boñigas, sudor y humedad. Apesta.

Y el miedo viscoso tras cada cañonazo. Esos segundos interminables hasta constatar que el obus erró su blanco: nosotros.

Es una concentración suicida, ya que en caso de que nos acierte el *Managua* haría un «pleno al quince» de guerrilleros y comandantes. Pero acá la guerra es cosa de genio (testosterona) más que de ingenio. Y quien esto les es-

cribe aún no había aprendido que el dicho de «adonde fueres haz lo que vieres» no debe seguirse a rajatabla. Menos aún cuando el enemigo dispara sin prisas pero sin pausas.

Un tipo largo, flaco y huesudo, que se me presenta como comandante Marvin (su nombre auténtico era José Valdivia), me hace un hueco a su lado.

—Mañana hablaremos, hermano.

Sobre la paja encuentro un fusil de asalto que aparto y coloco junto a la cabeza de quien supongo su dueño. Éste se gira bruscamente y lo toma con la mano. Medio dormido me dice:

—Duerme con la cabeza junto al bordillo de cemento. Es más seguro. Si esto se pone más feo, sal de la casa y tírate a la zanja que tienes al lado. Bienvenido a Nicaragua.

A la mañana siguiente descubriré que se trataba de Edén Pastora, el mítico Comandante Cero, el héroe más conocido de la revolución-epopeya sandinista, ahora máximo responsable del Frente Sur «Benjamín Zeledón».

Todos duermen —¿duermen?— vestidos. El fusil de asalto FAL belga, o MI 6 norteamericano, listo y montado a un lado.

Sobre nosotros, ya tan monótonamente que no hacemos excesivo caso, las balas silban, y la metralla revienta.

Es solamente una noche más en el Frente Sur. Aquí, desde hace siete días, combatientes sandinistas luchan ferrozmente contra los batallones de élite de la Guardia Nacional somocista, la brutal EEBI (Escuela de Entrenamiento Básico de Infantería).

Rompe el sol de madrugada. Como unas galletas empapadas de humedad, el plato nacional «gallo pinto» o potaje de arroz con alubias cocinado hace días y que no cae del plato ni dándole la vuelta, mientras apuro un algo remotamente parecido al café. Nuestro desayuno/comida/cena, porque en la guerra se come cuando se puede no cuando

se quiere, ignorándose cuándo será la próxima ocasión... o si existirá esa ocasión.

Un grupo de sandinistas se acerca. Llevan en camilla a un compañero cuyas vísceras, reventadas, han quedado a la vista tras un impacto de mortero. El muchacho gime en un claro estertor de agonía. Lloro en silencio su muerte, que sabe próxima, inevitable.

Muchos acuden a saludarle, a darle ánimos, a despedirse. Demasiados y demasiado juntos, formamos un objetivo ideal para un bombardeo somocista.

—Ojo pelado, chochos, o nos sueñan. ¡¡Dispérsense!! — ordena Antolín, único jefe con algún sentido común entre tanto candidato al suicidio involuntario.

Premonitoria advertencia: inmediatamente, a nuestra espalda suena un taponazo lejano. El oído, ya experto, hace funcionar el reflejo de la supervivencia.

—¡¡Corran, hijos de puta!! ¡¡Mortero!! ¡¡Desparrámense!! — brama ya Antolín, mientras se aleja agachado a toda la velocidad que le permiten sus ligeras piernas y la pesada carga de sus armas.

Sé que tengo diez segundos antes de que pueda oír el silbido del obús e, inmediatamente, la tierra reventará por la explosión.

Diez segundos, quizá quince, para correr, para arrojarme al suelo, para esperar.

¡¡¡Braummm!!!

Ya ha caído. No muy cerca. A unos treinta metros a mi izquierda.

Los somocistas habían ocupado una colina en los lindes costarricenses desde la que dominaban toda la planicie abierta hasta el océano. Una altura estratégica que los sandinistas desguarnecieron ante la duda de que fuera territorio «tico» (costarricense) o «nica» (nicaragüense). Sutilezas que a los profesionales soldados somocistas les traía al pai-ro. Bajaron con helicóptero dos escuadras de morteros y otro par de pelotones de ametralladoras de calibre medio,

y con sólo veinte hombres estrangularon desde la retaguardia todos los suministros sandinistas al frente. Nos tenían cogidos por donde más dolía.

Por los huevos (estratégicos).

Eran gentes bien entrenadas por mercenarios israelíes o norteamericanos de la «Escuela de las Américas» (escuela de asesinos y liberticidas iberoamericanos al servicio de la democracia... imperial USA). Eficaces esbirros de Somoza capaces de «colgar» tres granadas en el aire antes de que reventara la primera. Después me dirían que eran los soldados de la EEBI, al mando del temible tan como odiado «Comandante Bravo», a quien meses después de la victoria un comando sandinista le daría «matarile» en Honduras. Pero eso fue otra historia.

El terreno es pelado, ni un árbol, ni una ondulación. Descubierta, perfecto campo de tiro para los observadores que la Guardia Nacional había desplegado en tan excelente otero.

Suena el tac-tac-tac de una ametralladora. Sobre mi cabeza, inmediatas, silban las balas: «Una Browning punto cincuenta —pienso— no de tiro tan rápido como una MG-42 pero más que suficiente para pasaportarme a mejor vida, que siempre es la peor».

Me encuentro desamparado. Busco frenéticamente un abrigo. No puedo permanecer donde estoy. Impacta una granada, y otra. Ésta ya tan próxima que la onda expansiva me aturde.

Tengo que salir. Tengo que correr.

Me levanto en zigzag hacia un camino cercano. Oigo otra vez el ladrido encadenado de la ametralladora. Me tiro a tierra. Aplastándome contra el suelo. Los proyectiles talarán el pasto junto a mí. Los oigo penetrando entre la hierba.

Y el fuego de mortero continúa sin interrupción.

Jadeo. Jadeo de cansancio. Y quizá, más aún, jadeo de miedo. De saberme a merced de alguien que, allá, apunta